

***La piel leve.* Julio Ángel Olivares Merino. España: EOLAS ediciones, 2020, 310 pp.**

La piel leve (2020), de Julio Ángel Olivares Merino, es la continuación de su anterior novela, la singular *Sonambulia* (2013). Manteniendo el fantástico y, por extensión, el terror como denominador común, el autor vierte ahora las pesadillas prenatales en el Teatro Vah, al que el niño protagonista, Dénea, acude conjurado por el ilusionista que lo regenta. Este, cuya identidad se mantiene velada hasta el clímax de la historia, narra al niño once cuentos de terror, asociados cada uno a las velas de un “candelabro escuálido, de trece brazos” (p. 37) al que se le apaga una llama al término de cada relato.

La obra está estructurada por este marco diegético de intrahistorias insertas en la trama principal, que se remonta a *Las mil y una noches* y que ha sido utilizado después en grandes clásicos de la literatura mundial. El autor crea, en concreto, un efecto de metalepsis gradual que va trasladando lo narrado por el ilusionista en algunos cuentos (especialmente los últimos) a lo que acontece en la ficción matriz, que se dimensiona por completo a partir de los relatos. De este modo, el número de situaciones representadas, siempre en clave fantástica, es más que considerable: un ogro que arranca muelas, espectros que se aparecen en un colegio o un autobús, unos abuelos que atacan a su nieto, una luna que asesina, una anticuaria que se bate con un arlequín o una atracción de feria que devuelve a sus pasajeros al vientre materno, por citar solo algunas. Mientras el calvario de Dénea a manos del ilusionista aumenta con cada intersticio de las intrahistorias, estas mantienen constante la malignidad en el Teatro Vah, que el mago gobierna cual castillo de Drácula. Algunos cuentos, además, están narrados con técnicas cercanas a lo cinematográfico, que consiguen

mantener el *suspense* y que exigen una lectura atenta y constante para encajar todas las piezas del puzle.

La estabilidad de la estructura narrativa se combina con uno de los rasgos más característicos de la obra y, en general, de la producción del autor: la prosa poética. *La piel leve* es un material literario con un estatuto poético elevadísimo, objetivable en la miríada de recursos de estilo y combinaciones inusuales de palabras que pueblan el texto. Cada pasaje está enhebrado con el cuidado de un poema. Se describe desde matices que solo el lirismo permite expresar, como “[f]ueron los relámpagos de una tormenta ansiosa, de las que persiguen a las lluvias y no logran fecundarlas” (pp. 100-101). Un sintagma plano como “hecho el silencio” se sublima en “hinchidos los tendones del silencio” (p. 262), que gradúa algo en apariencia uniforme como es el silencio. Se hacen símiles y alusiones que bien podrían sintetizar otras historias: “Duerme y no despiertes’ [...] como el segundero que se detiene en seco para seguir fluyendo en nuestra conciencia, envejeciendo sin morir” (p. 82). Este pasaje supone, sin ir más lejos, una referencia indirecta al relato “Sueños largos”, del artista de manga Junji Ito. Otras citas, de tintes filosóficos, inducen a la reflexión: “las casas encantadas siempre están dentro de nosotros mismos” (p. 211), que bien podría funcionar como paráfrasis del microrrelato “Cuento de horror”, de Juan José Arreola. Algunos monstruos incluso se antojan correlatos literarios de los representados en otros medios artísticos, como sucede con Moon Presence (del videojuego *Bloodborne*) y la criatura lunar asesina del quinto relato: “En un tiempo en el que la luna dejó de ser vigía en

las alturas y descendió para devorarnos...” (p. 136). Todo esto provoca, como señala Natalia Álvarez Méndez en el lúcido prólogo de la obra, “que el escalofrío se acompañe de una intensa complacencia estética” (p. 8). La imagen de dos ancianos que, acaso empachados ya de amor, se arrancan mutuamente el corazón es una de las más potentes que haya dado hasta la fecha el terror lírico, sobre el que probablemente aún no se ha investigado lo suficiente y del que la escritura de Julio Ángel Olivares es sin duda un exponente ineludible.

Como ocurre con muchos grandes textos literarios, *La piel leve* es más que una mera eufonía de palabras y, en este caso, más que un simple entretenimiento para amantes del terror. Aunque pueda cumplir un cometido puramente lúdico, el libro de Julio Ángel Olivares encierra claves más profundas que merece la pena resaltar. Por un lado, las pesadillas que experimenta Dénea son un reflejo de algunos de los miedos más intensos del ser humano. Por quiméricos que puedan parecer, los monstruos y espectros que colman el Teatro Vah son, en cuanto que representaciones literarias, signos de temores cotidianos: a no estar a salvo en casa o en el colegio, a determinados miembros de la familia, al recuerdo de quienes se fueron, a atracciones de feria o incluso a la luna. Por otro lado, la concurrencia de todas estas figuras y situaciones, a modo casi de popurrí, es indicativa de la complejidad temática y psicológica, quizás cada vez mayor, que el género fantástico precisa para sorprender a los lectores del siglo XXI, con frecuencia sobreestimulados.

Olivares concibe y encaja los relatos de *La piel leve* como vértebras de un esqueleto que los justifica aun en su disparidad. El cuento de Gelsa Hurbem y el deshollinador parece, por ejemplo, una revisitación de la literatura victoriana de terror, de un regusto parecido al de narraciones como *The House and the Brain* (1859), de Bulwer-Lytton. La elección de encajar este material en la ficción principal sugiere un esfuerzo del autor por adaptar el fantástico a los lectores contemporáneos: la potencia que el cuento podría perder si apareciera aislado, en cuanto que de raigambre decimonónica (y, por tanto, menos sorpresivo a día de hoy), se conserva mediante la entropía del conjunto.

La piel leve es, en síntesis, un texto literario sólido e imbuido de terror poético, en cuyas páginas los lectores avezados advertirán la intertextualidad con otras creaciones del género en diversas artes. Quienes leyeron *Sonambulia* reconocerán varios de los guiños incluidos, mientras que quienes se incorporen con este último libro a la producción del autor encontrarán una obra de terror consistente en lo estructural y de un enorme lirismo en lo estilístico: un vergel de inspiración para convidados, como Dénea, al Teatro Vah.

Álvaro PINA ARRABAL
Universidad de Cádiz, España
<https://orcid.org/0000-0002-6072-8576>

